

# SEXUALIDAD Y ESTRATOS SOCIALES EN EL JAPÓN PREMODERNO

Primera parte

GUILLERMO QUARTUCCI  
*El Colegio de México*

PARA ABORDAR EL ESTUDIO DE LA SEXUALIDAD EN EL JAPÓN premoderno es necesario, en primer término, referirse a los tres sistemas filosófico-religiosos que predominaban en la época: shintoísmo, budismo y confucianismo. Por Japón premoderno se entiende el periodo Edo (1600-1868), básicamente a partir de su etapa intermedia, cuando el poder de la familia Tokugawa, que tenía el control absoluto, se hallaba en su apogeo.

El shintoísmo es un sistema de creencias religiosas de naturaleza animista, el primero y más antiguo de Japón, prácticamente presente desde la constitución del Estado. Está relacionado con la familia imperial y su panteón de deidades (shintoísmo oficial), y con los ritos y creencias de una sociedad agrícola que vive al ritmo cíclico de las cosechas y las estaciones (shintoísmo popular). Dentro de este marco, ocupan un lugar predominante los cultos y ritos de la fertilidad, en los cuales el sexo, como cifra y símbolo, es el factor primordial. Muchos antropólogos, y en particular Mircea Eliade en su *Tratado de historia de las religiones*, se han abocado al estudio de estos cultos: el culto fálico (y, en menor medida, vaginal) y las prácticas orgiástico-religiosas relacionadas con ellos.

El budismo fue introducido en Japón en los primeros siglos de nuestra era, afianzándose como religión popular a partir de la época Kamakura (1185-1333). Además del con-

cepto de *mujōkan* (transitoriedad de todo lo que existe) —que habría de marcar de manera definitiva la sensibilidad del pueblo japonés, en especial sus bellas artes, incluida la literatura— el budismo trajo consigo la idea de un infierno y un paraíso, a los que se accedía de acuerdo con las acciones realizadas en vida. El sexo y la concupiscencia no eran precisamente el mejor camino para alcanzar el paraíso, y ya desde la época Heian (794-1185), los poderosos sacerdotes budistas habían impuesto la norma al respecto: nada de sexo y, sobre todo, nada de mujeres, su más notorio anzuelo. Esto llevó a prácticas sexuales a las que nos referiremos más adelante.

El confucianismo, más que una religión, estaba constituido por una serie de preceptos y normas que servían al hombre para vivir en sociedad, totalmente alejado de una metafísica. En su variante neo (es decir, el neoconfucianismo), tuvo gran vigencia en el Japón Tokugawa, como sistema ideológico que legitimaba el *statu quo* de la casta samurai. Como todo sistema de ideas que pone fuerte énfasis en lo social, el sexo no gozaba de demasiada estima, aparte de su función reproductora, debido a su papel de disolvente del orden social y familiar. Como bien es sabido, la familia y su interacción con el Estado, el sistema rígido de jerarquías y lealtades, la subordinación del inferior al superior y su lógica consecuencia (dentro del esquema patriarcal), de la mujer al hombre, dieron origen a unos esquemas que, en lo sexual, fueron muy rígidos, aunque muchas prácticas lo desmintieran. En realidad, mientras el orden establecido no se viera amenazado y tales prácticas se hicieran con discreción, la permisividad era bastante amplia.

#### Los estratos sociales

De acuerdo con las teorías neoconfucianas, el gobierno de los Tokugawa fomentó la compartimentación de la sociedad en cuatro estamentos: samurais, campesinos, artesanos y comerciantes (en este riguroso orden jerárquico), la sólida estructura *shi-no-ko-shō* que habría de perdurar inalterada —aunque modificada en la cuota de poder que a cada uno correspon-

día— por espacio de más de doscientos años. Mención aparte merecen los nobles de la aislada corte que rodeaba al olvidado emperador, en Kioto, y los sacerdotes budistas, ambos grupos emparentados con la clase samurai en el poder, como proveedores de esposas o de servicios religiosos, respectivamente.

La nobleza, desde muy antiguo, había desarrollado patrones sexuales que pueden observarse claramente en la literatura femenina de la época Heian. Como todos los aspectos de la vida de la corte, también las prácticas sexuales estaban altamente codificadas. En realidad, para hacer justicia a los testimonios literarios de la época (*Genji monogatari*, *Makura no sōshi* y otros diarios de la corte escritos por mujeres), más que de sexualidad habría que hablar de erotismo: las palabras de amor intercambiadas en forma de poemas o acertijos; el fetichismo de los objetos, naturales o creados por el hombre, que expresan de manera oblicua el deseo; la imposibilidad del amante furtivo de ver directamente a la amada de turno, oculta con increíble persistencia tras una cortina de bambú; la interminable superposición de kimonos (hasta doce) que borraba las formas e impedía el desnudamiento rápido; los inciensos que con su aroma inundaban los recintos amorosos; la contemplación de la luna, que en las noches de verano, con las puertas de papel corridas, bañaba con su resplandor las habitaciones, mientras los insectos arrullaban la espera de los amantes. En la corte, hombres y mujeres vivían en lugares separados, pero ello no impedía que las visitas nocturnas fueran asiduas. Las aventuras con diferentes socios de cama no eran vistas con malos ojos, como tampoco el sexo de quien se tuviera enfrente: en aras de la belleza, bajo el signo de lo perecedero y la melancolía que imponía el budismo, materializado en lo efímero de las flores de cerezo, todo estaba permitido.

El budismo que se impuso al principio entre los reducidos integrantes de la aristocracia cortesana, además de sus connotaciones estéticas y sus prácticas mágicas, hablaba, como ya se ha dicho, de un paraíso y un infierno, y de los caminos que conducían a ellos. Aunque no hacía demasiada referencia a la cuestión sexual, prohibía, sin embargo, que sus ministros tuvieran relación carnal con la mujer, ser impuro por natura-

leza, por lo que bien pronto la mira de los bonzos fue puesta en los jóvenes acólitos que habitaban en los monasterios. Esta relación, que podía justificarse por la intimidad que se creaba entre maestro y discípulo, se hizo práctica común a partir de la época Kamakura, cuando nuevas órdenes budistas llegaron al país (entre ellas el zen) y el budismo, habiéndose difundido ya entre amplias capas del pueblo, llegó a dominar la escena intelectual de Japón. Sobre todo en el periodo Muromachi (1333-1568) no era desconocido para nadie que en los monasterios budistas las relaciones sexuales entre los sacerdotes y los jóvenes discípulos (llamados *chigo*) eran moneda corriente. Esto fue recogido por novelistas anónimos; que escribieron relatos cuyo tema central era precisamente esta relación, relatos que genéricamente se conocieron como *chigo monogatari* (historias de *chigo*). *Chigo* es una palabra que hoy en día se utiliza también como sinónimo de homosexual.

Cuando los misioneros portugueses llegaron a Japón, la práctica sexual entre hombres formaba parte integral de la cultura de las élites budistas y militares, a tal punto notoria que Francisco Xavier no pudo menos que clamar con indignación: “(Los bonzos) fornican públicamente sin tener ninguna vergüenza; todos tienen mozos (*chigo*) con quienes pecan y así lo confiesan, diciendo que no es pecado. El pueblo también lo hace, tomando de ellos ejemplos, diciendo que si los bonzos lo hacen, por qué no hacerlo ellos, que son hombres libres.” Los misioneros portugueses bautizaron en este caso a la homosexualidad como “el vicio japonés”, lo cual nos recuerda “el pecado nefando” de los españoles en México.

En la época Edo, los sacerdotes budistas siguieron muy ufanos con sus prácticas sexuales, y fueron numerosas las obras de teatro y las narraciones novelescas que recogieron la historia del amor trágico entre un bonzo y un *chigo* de entre catorce y dieciséis años, la edad en que todavía no ha despuntado el vello anal. Los *chōnin* (comerciantes y artesanos de las ciudades de Edo, Kioto y Osaka) parecían disfrutar enormemente estas historias, por lo que constantemente se estaban renovando. En la obra de mayor calidad que se ha conservado sobre historias de amor entre hombres, *Nanshoku okagami* (*El gran espejo del amor masculino*, 1687), de Ihara Saikaku,

colección de narraciones breves, una de ellas trata de la relación potencial entre un bonzo y un *chigo*. Su título ya se revela explícito: “Carta de un sacerdote budista contando a su amigo que su amado viene a él”, algunos de cuyos párrafos, pertenecientes a la versión al español, citaremos para mostrar con cuánta naturalidad se trataba el asunto. Escribe así el autor-narrador de la carta a un amigo que ha quedado en Kioto (él se encuentra en Edo):

Y ahora te voy a hablar de mí mismo. Como sabes, mi eterna e incurable debilidad es enamorarme de algún bonito joven; y debo confesarte que tengo un asunto aquí con un joven fascinante, que dudo me permita regresar pronto a Kioto (p. 82).

A continuación refiere cómo conoció al muchacho:

En aquel momento salió del templo el cortejo del sumo sacerdote. Entre sus componentes vi avanzar a un paje (*chigo*) muy hermoso, de unos dieciséis años, tan atractivo que pensé que nunca había visto encanto y elegancia tales ni en la misma y floreciente capital (p. 83).

Pregunté a mi amigo quién era este hermoso paje, y me dijo que era el hijo segundogénito de una noble familia, cuyos padres lo habían confiado al sumo sacerdote porque deseaba hacerse bonzo y renunciar a los placeres de este mundo (p. 83).

Luego cita la carta que decidió escribirle al joven. Entre el farrago de palabras pasionales se confiesa:

Soy un sacerdote, pero ¡ay!, también tengo las pasiones de un hombre, y te confieso que te amo con toda mi alma (p. 84).

Y concluye:

Estoy dispuesto a sacrificar mi vida por una noche de amor contigo. Esa noche contigo es para mí más preciosa que mil años de mi vida. Haré con placer cuanto me pidas (p. 85).

Nunca sabemos si el amor se consume, pero en todo caso, las intenciones quedan claras. En otra de estas narraciones de Saikaku, donde el personaje principal es un actor de kabuki, bello y famoso, cuyos servicios amorosos solicitan los podero-

sos de Edo, entre ellos varios sacerdotes "muy conocidos que perdieron la cabeza por él y gastaron tanto dinero para conseguirlo que se vieron obligados a vender los árboles santos de los parques sagrados, hecho por el cual fueron expulsados de sus templos y se convirtieron en mendigos" (p. 78).

Aquí es necesario hacer un paréntesis para aclarar que lo que en términos modernos se denomina "homosexualidad", en el Japón de la época, la práctica sexual entre hombres, de manera similar a la sociedad libre de la *polis* de la Grecia clásica, era absolutamente natural, dentro de un sistema de ideas donde la virtud y el honor masculinos se tenían en tal alta estima.

Aparte de la minoría representada por la nobleza y los sacerdotes budistas, cuyas prácticas sexuales hemos esbozado hasta aquí, resulta interesante analizar el comportamiento sexual de los diferentes estratos sociales del Japón Tokugawa, porque si bien es cierto que la norma de la clase en el poder se filtra hacia las de abajo, hay variantes dignas de tomarse en cuenta. Comencemos entonces por quienes en la premodernidad constituían la parte más numerosa de la población (un 80 por ciento, contra menos del 10 por ciento de samurais): los campesinos.

### El sexo en el campo

Desde tiempos remotos la agricultura se constituyó en la principal fuente de riqueza de los pobladores de Japón, así como de una serie de prácticas mágico-religiosas asociadas con la mentalidad agraria común a muchos pueblos del planeta. Entre estas prácticas, los ritos de fertilidad y el culto fálico ocupan un lugar central, ya que son ellos los que propician cosechas abundantes, sin las cuales el hambre y su secuela de muerte se enseñorean de la humanidad.

En Japón, los primeros registros de estas prácticas se encuentran en los *fudoki*, recopilaciones en chino hechas por orden oficial a comienzos del siglo VIII, donde están asentados los nombres de lugares en cada provincia, junto con sus orígenes, la naturaleza de suelo, sus costumbres y sus viejos rela-

tos. En uno de estos *fudoki*, el correspondiente a la provincia de Hitachi (en la actualidad prefectura de Ibaraki, en la región de Kanto), se hace referencia a una fiesta que se celebraba en el Monte Tsukuba, en ocasión de la siembra del arroz: el *utagaki*, especie de certamen poético donde se enfrentaban jóvenes y muchachas solteros, alineados respectivamente de manera contrapuesta, que debían recitar por turno y esperar la respuesta. Cuando el poema de un joven encontraba eco en el de una muchacha, entonces se formaba una pareja que iba a gozar del sexo en la espesura del bosque de pinos con la anuencia complacida de la comunidad. La misma fuente cita un proverbio de la época que dice: "A menos que consigas un buen compañero en un *utagaki* en el monte Tsukuba, no eres una verdadera mujer." Con esta especie de símil de la hierogamia sagrada, común a tantas culturas agrarias, se aseguraba la fertilidad de la tierra. A diferencia de la corte de Heian, donde la mujer ocupaba un lugar privilegiado, en el campo (comprendiendo éste a las comunidades de pescadores), el hombre era quien detentaba el poder, especialmente con la introducción del confucianismo, en los primeros siglos de nuestra era.

La mitología del *Kojiki* (*Registro de cosas antiguas*, 712) y del *Nihonshoki* (*Crónicas de Japón*, 720), obras redactadas por decreto imperial, constituye la base del culto shintoísta oficial, que se centra en la familia del *tenno* (emperador) y en una serie de creencias relacionadas con la continuidad de la vida, sintetizadas en el cultivo del arroz y simbolizadas por una pléyade de deidades cuyo desenfado sexual es notorio. El shintoísmo popular, careciendo de teorías abstractas y dogmas metafísicos, se centra de manera casi obsesiva en los aspectos materiales de la vida: comida, bebida y procreación, gozar de los cuales es perfectamente natural. No hay códigos morales absolutos que puedan ser transgredidos por los placeres sensuales.

En cuanto a los cultos fálicos, ya presentes cuando se constituye el Estado japonés, su práctica tiene una larga trayectoria que se pierde en las oscuridades del tiempo, cuando se descubre que es el semen del hombre el que fertiliza, desplazando así a la vagina fertilizada de las etapas matriarcales

del centro neurálgico de la cuestión. Falos de piedra, por ejemplo, se encontraban diseminados a lo largo de los caminos y en las encrucijadas, ya que como símbolos de poder procreativo prevenían al pasante de la mala suerte y las enfermedades.

Con el correr del tiempo comenzaron a aparecer santuarios dedicados exclusivamente a la veneración fálica, los cuales albergaban en su interior innumerables estatuillas que representaban falos y vaginas. En estos templos, cada año, en especial al iniciarse un nuevo ciclo lunar (entre febrero y marzo), se realizaban fiestas donde abundaba el sake (vino de arroz), platillos especiales y las canciones licenciosas, fiestas en las que participaba toda la comunidad, incluidos los niños.

A comienzos de la época Edo, estos templos eran muy populares a lo largo y ancho de Japón, y en ellos prevalecía un clima de franqueza que favorecía abiertamente las actividades sexuales. A ellos acudían asimismo las muchachas que ansiaban tener abundante prole, las mujeres estériles, los hombres que sentían perder su virilidad, las personas de ambos sexos que habían contraído alguna enfermedad venérea, etc., y una vez al año, a la fiesta local, la comunidad entera, para propiciar un buen ciclo del arroz. Hasta la Segunda guerra mundial esta fiesta comunitaria todavía se celebraba en algunas regiones apartadas de Japón, y en la actualidad, si bien las figuras de piedra o madera se han conservado, e incluso se añaden algunas nuevas, las fiestas que se siguen celebrando sólo revisten carácter pintoresco, como una forma de atraer turismo a la región. La más famosa es la que se lleva a cabo en el santuario de Tagata, cerca de la ciudad de Nagoya, donde se hace un notable despliegue de falos de todos los tamaños cuyo momento culminante es el paseo, por las calles del lugar, de un ejemplar color carmesí de casi tres metros de longitud.

También eran comunes en Edo las fiestas que tenían lugar a la caída del sol, cuando el santuario se sumía en la oscuridad y donde era posible tocarse mutuamente el cuerpo, con total desinhibición, amparándose en el anonimato. En ellas participaban especialmente los jóvenes solteros de ambos sexos.

Una costumbre generalizada entre los habitantes del campo era la "visita nocturna" (*yobai*), mediante la cual un joven se colaba subrepticamente al cuarto de una muchacha, cuan-

do la familia ya se había retirado a dormir, y allí permanecía hasta que los primeros rayos del sol podían poner en evidencia su identidad, no sin antes haber disfrutado toda la noche de los placeres del sexo. Teóricamente, la muchacha debía ignorar de quién se trataba, pues si la experiencia no resultaba exitosa no se creaba ningún compromiso, además del honor de ambos que quedaba a salvo.

En la sociedad rural tradicional el sexo no era algo que debía esconderse. En las danzas de los días de fiesta la simulación del acto sexual y el despliegue de objetos obscenos no eran nada raros. También durante las actividades que se realizaban comunitariamente, como el trasplante y cosecha de arroz, arreglo de puentes y caminos, construcción de edificios, etc., el trabajo iba acompañado de canciones de alto contenido erótico, y al ser concluido, se hacía una comida en la que abundaba el sake, las danzas y las canciones marcadamente obscenas. La *Enciclopedia japonesa* cita algunas de éstas:

Después de fornicar, no importa lo que coma, nada sabe tan bien como una vagina.

Casarse a los 88,  
el sol sale y él todavía no ha hecho el trabajo.

Ora parece estar presente, ora no:  
un hueso en el pene.

Una mujer de 30 años y la campana de un templo:  
cuanto más se la golpea, mas gime.

En las regiones de nieve abundante era común reunirse alrededor del fuego para contar historias subidas de color (*en shotan*) que hasta los niños disfrutaban.

Semejante despliegue de sexualidad, sin embargo, no debe interpretarse como un signo de decadencia, sino más bien como una expresión espontánea de vitalidad de una sociedad en armonía con la naturaleza y las fuerzas que la animan. En última instancia, constituye la manifestación de la voluntad de sobreponerse a los obstáculos de la vida manejados por *thanatos*. Ésta es su moral. Muy distinto es el "camino" del guerrero.

## BIBLIOGRAFÍA

- Kodansha Encyclopedia of Japan*, 9 volúmenes, Tokio, Kodansha, 1983.
- Encyclopedia Japonica. Dai Nihon Hyakka Jiten*, 21 volúmenes, Tokio, Shogakukan, 2a. edición, 1972.
- Cooper, Michael S.J. (ed.), *They Came to Japan*, Berkeley y Los Angeles, University of California Press, 1965.
- Eliade, Mircea, *Tratado de historia de las religiones*, México, Biblioteca Era, 6a. edición, 1986.
- Foucault, Michel, *Historia de la sexualidad. 1-La voluntad de saber*, México, Siglo XXI, 15a edición, 1987.
- Evans, Tom y Mary Anne, *Shunga. The Art of Love in Japan*, Nueva York, Paddington Press, 1975.
- Ihara, Saikaku, *Historias de amor entre samurais*, Barcelona, Laertes S.A. Ediciones, 1982.